



Hay entre las crónicas y la novela muchas afinidades tanto temáticas como estilísticas. Motivos, frases, anécdotas, temas de la novela aparecen aquí esbozados cuando no desarrollados de manera similar. La multiplicidad de puntos de vista frente a un suceso para llenarlo de significación o de ambigüedad es una constante de la novela que se mantiene aquí. Igual ocurre con la visión cinematográfica de la realidad: si para Mallarmé todo existía para pertenecer al libro, para Ramón Illán Bacca la plena realización de los hechos estaría en su proyección en una sala de cine. Así mismo, la preocupación por divertir, por ser agradable, sin pedanterías, de una manera casi oral, es otro vínculo entre la novela y las crónicas. Como la novela, estos textos, más que crónica, serían anticrónica social, puesto que su meta, más que la invención del prestigio social del grupo en el poder, parece ser su ridiculización, su desenmascaramiento.

Por último, una muestra más de la imbricación entre los dos géneros lo constituye la progresiva creación de un personaje ficticio, a lo largo de la obra: al terminar la lectura, adquiere consistencia literaria un personaje, el cronista, profesor sin plata, enemigo de la seriedad y los convencionalismos oficiales, devoto de lo cursi, practicante de ese juego intelectual que consiste en burlarse, en ridiculizar a los intelectuales ("culturalosos"), alérgico al ruido, lector de letras inglesas, amigo de su gato, turista barato de mochila azul y zapatos cauchosol, cultor del chisme, para quien el tiempo no se mide por números, por fechas, sino por reinas de belleza o canciones de moda, el año de Marta o de "Tócame el Trigémimo".

Quizá entre lo más destacable de este libro, además de su garantía de goce, de disfrute, esté la manifestación de un ideario estético, que no sólo nos revela la lucidez casi crónica de este autor heterodoxo, sino también las claves para la comprensión amplia del universo narrativo de este autor cuya producción apenas empieza y que, no obstante, ya constituye un aporte, no sólo dentro de la tradición de la costa, sino del país mismo.

ARIEL CASTILLO M.

Antón pirulilo Antón pirulilulá

La tierra de don Antón:
Estudio sobre Aguachica colonial
Jorge Meléndez Sánchez
Ediciones Universidad Pedagógica Nacional,
Bogotá, s.f., 114 págs.

Que el río Magdalena fue durante siglos la principal arteria del país y alma de la nación es hoy un lugar común. Nadie pone en duda que por sus aguas se forjó la integración de Colombia y penetró la modernidad con toda su carga de dramatismo.

Y la importancia del Magdalena en la historia ha sido generosamente reconocida por diferentes ciencias y disciplinas que le han dedicado una copiosa literatura, así como también ha sido motivo de inspiración para muchos compositores, poetas y cantantes. La atención que la academia ha tenido con el río, sin embargo, ha sido un tanto ingrata con las diferentes poblaciones que se asientan a lo largo de sus riberas. Quizá con la notable excepción de Mompós, los demás pueblos que le deben su vida a la navegación y al comercio por el río han sido injustamente olvidados, cuando en ellos se registra buena parte de la historia de Colombia. El origen, fundación y desarrollo de cualquier pueblo ribereño puede sintetizar fácilmente tanto la historia de la navegación por sus aguas como la historia del comercio fluvial.

Aguachica no es propiamente un puerto sobre el Magdalena; no obstante, debe su existencia al comercio que se surtía por el río y a su conexión con Ocaña. Estos factores, sin embargo, han operado contra Aguachica en el sentido de que han ocultado su importancia histórica y su papel protagónico en el desarrollo del comercio del oriente del país. Con el fin de rescatar para la historia nacional la población de Aguachica, el profesor Meléndez Sánchez ha escrito este opúsculo, que, pese a su corta extensión y a la precaria información primaria que le sirve de sustento, es un ensayo con muchas virtudes que denota una buena formación histórica del autor.

Se enfrenta con buen criterio el profesor Meléndez al problema de la falta de documentación sobre Aguachica, apelando a lo que denomina la "historia del contexto", esto es, a la interpretación del material existente sobre las dos poblaciones cuya comunicación le dio origen a Aguachica: Ocaña y Puerto Real (Puerto Nacional en la república, y hoy Gamarra). En este sentido, Meléndez sólo reconoce lo que era el concepto vigente de ciudad en el período colonial: Ocaña se funda por la necesidad del oriente y de la región de Maracaibo de tener un puerto sobre el Magdalena, puerto que física y materialmente fue Puerto

Real. Aguachica surge, pues, como punto intermedio entre Ocaña y su puerto, debido al imperativo de tener un lugar distante de las inundaciones del río, para proteger las mercancías. Interesante articulación de poblaciones en torno a las vías de comunicación, que sirve para hacer resaltar la importancia de estudiar más a fondo el papel de éstas en la configuración de las regiones del país.

La rigurosidad del trabajo es desigual en la medida de la disponibilidad de fuentes primarias; en ese orden, el capítulo V, "Aguachica colonial", es, sin duda, el mejor logrado desde el punto de vista histórico. Logra Meléndez articular factores que explican el surgimiento de Aguachica, enmarcándolo dentro de las expediciones que empujaron la frontera de la colonia hacia el sur de la provincia de Santa Marta. Contrasta, metodológicamente hablando, el último capítulo, donde la leyenda tiene absoluta libertad de movimiento en torno a la figura de Antón García, que tiene además la característica de la trinidad: tres personas distintas y un personaje verdadero. No pierde, sin embargo, este capítulo la seriedad del trabajo, aunque en él el autor juega con mucha soltura entre el "realismo mágico" y las interpretaciones libres de la leyenda.

Quiere llamar la atención el profesor Meléndez sobre la importancia actual de Aguachica, persiguiendo además que su estudio contribuya a crear una identidad de la ciudad, que le permita un mejor desarrollo futuro ante el desordenado crecimiento que viene experimentando en los últimos años. Ciertamente, Aguachica se ubica no sólo en un cruce de caminos, sino en la frontera donde termina la costa y comienzan los Santanderes, que la hacen una ciudad muy peculiar desde el punto de vista de la conformación de su población. Preocupado por el carácter advenedizo de muchos de sus habitantes, Meléndez quiere aportar su trabajo para la creación de una identidad de la ciudad. En este terreno, la obra le da cabida a diversas especulaciones del autor que bordean el panfleto político.

La tierra de don Antón constituye un meritorio trabajo que ganaría en

valor si formara parte de un estudio más amplio que abarcara toda la región circundante; si no se encuadra así, el esfuerzo del autor podría verse subvalorado y quedar confinado a una publicación parroquial que pocos consultarían. Ojalá que en ese "criadero de esperanzas", como llama Meléndez a Aguachica, se valore este trabajo y se impulsen nuevas investigaciones que ayuden a conformar un conocimiento científico de la historia como lo mejor que se puede hacer por el futuro de esta población.

GUSTAVO BELL LEMUS



Historiadores amateurs

Sucesos del Magdalena en el siglo XX
Jaime Villareal Torres
y Jorge Díaz-Granados Villareal
Editorial Presencia, Bogotá, 1989, 363 págs.

En la segunda página de este libro y en la esquina inferior de la misma, se

lee, en letra pequeña, lo siguiente: "Guía Didáctica para la Juventud y para el Historiador del Futuro". Estas once palabras podrían resumir el trabajo de Villareal y Díaz-Granados, sobre lo que, a su juicio, constituyen los principales acontecimientos del departamento del Magdalena en lo que va corrido del siglo XX. Y al hacer un rápido inventario de los sucesos que han tenido lugar en esa parte del territorio colombiano, al igual que registrar las personalidades que han nacido en su suelo, hay que reconocer, ciertamente, que el departamento del Magdalena tiene una historia contemporánea muy singular y valiosa.

Sucesos como la culminación de la guerra de los Mil Días y la firma del Tratado de Neerlandia, la presencia de la United Fruit Company y la creación del enclave bananero, la huelga de 1928, el fraude de Padilla, la Marcha del Hambre y otros hechos no menos importantes de la historia de Colombia han tenido como escenario físico este departamento —que en su momento comprendió los actuales departamentos del Cesar y La Guajira—. Una lista de personajes encabezados por Gabriel García Márquez, Alvaro Cepeda Samudio, José Barros, Rafael Escalona, Crescencio Salcedo, Alejandro Durán, Fidel Bassa, el Pibe Valderrama, el general Maza Márquez, Jaime Bateman y otros, completan el interesante protagonismo del Magdalena en este siglo.

El libro en sí mismo no tiene más pretensión que la de una crónica de los principales eventos acaecidos en el territorio magdalenense; no hay juicios críticos, no hay interpretaciones más allá de los simples registros cronológicos, ni una visión de conjunto de todo lo que se describe. Esta tarea le corresponde al lector, o le corresponderá al historiador del futuro, porque los autores tan sólo se han limitado a dejar constancia de hechos, muchos de los cuales tuvieron como protagonistas a ellos mismos. Y es en estos hechos donde la intención de los autores parece no estar muy exenta de intereses subjetivos, ya que la crónica se torna en una especie de autoapología que en cierta forma le resta seriedad a la obra.